

DISCURSO DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, FERNANDO SOLANA, ANTE LA XV REUNIÓN DE MINISTROS DEL CONSEJO LATINOAMERICANO DEL SELA

Señor presidente;

Señor secretario permanente;

Señores ministros;

Señoras y señores:

La delegación de México agradece al pueblo y al gobierno de Colombia, así como a esta ciudad histórica tan amada por Bolívar, Cartagena, su calorosa recepción y hospitalidad. Celebramos este XV Consejo Latinoamericano en momentos de profundas transformaciones del mundo. Día a día se modifican las reglas de convivencia, la tecnología, la configuración de las alianzas y la difusión de las ideas.

La dinámica de los acontecimientos mundiales no se va a detener en espera de que América Latina decida cómo incorporarse en el cambio. Debemos incursionar en el mundo de hoy con decisión, no sólo para participar de manera activa en el cambio internacional, sino para anticiparlo y conducirlo en provecho de nuestros pueblos. No podemos adoptar una actitud pasiva frente al devenir.

Es tiempo de más acción y menos palabras. Con convicción y firmeza, cada país debe llevar a cabo la parte de la tarea colectiva que le corresponde. El acuerdo o la coincidencia de principios, que en ocasiones festejamos en exceso, debe ser sólo la chispa que encienda un proceso de acción conjunta. Acción del tipo que exige y conlleva más responsabilidad. Responsabilidad que, a su vez, demanda abandonar esquemas obsoletos que no contribuyen a explicar lo que sucede en el mundo, ni en América Latina, y menos para trazar pautas a su desarrollo.

En este marco de cambio y adaptación, distingo cuatro asuntos a los que deseo referirme.

En primer término, debemos insistir en señalar que la crisis profunda que azota a América Latina, es sólo parte de otra más general que afecta los flujos financieros internacionales. Debemos reiterar que los desequilibrios en esos flujos surgieron al principio de los setenta, cuando coincidieron reducciones sustanciales de los precios de diversas materias primas, se modificaron las reglas de operación del sistema monetario internacional y se ini-

ciaron desbalances fiscales y financieros en algunas de las economías más desarrolladas. Fue entonces cuando se sembraron los gérmenes de muchos de los males que ahora aquejan a la economía mundial. La denominada crisis de la deuda es sólo una manifestación de esa otra, más general. No identificarlo así conduce a equivocarse el diagnóstico y, por tanto, limita la capacidad para establecer una estrategia que la corrija.

América Latina ha pagado el costo de una terapia, si no incorrecta, sí incompleta y tardía. Ahora es común afirmar que los ochenta representan una década perdida para el subcontinente en materia de bienestar, como lo atestiguan las enormes brechas entre los ingresos de los países más desarrollados y los nuestros. Quizá algo bueno quedará: la conciencia de que es difícil y tardado construir el progreso, pero muy fácil y rápido destruirlo si se actúa con irresponsabilidad.

En todo caso, la situación actual, que deriva en parte de ese diagnóstico parcial, es insostenible, porque amenaza la estabilidad política, pone en riesgo la democracia en el subcontinente y afecta la seguridad global.

Reconocer la verdadera causa de la crisis no significa negar que el desempeño desfavorable de nuestras economías es también consecuencia de errores en la manera como las hemos conducido. Este es el segundo tema. Algunos problemas surgen y se nutren del exterior. Pero otros vienen de dentro, por vicios de origen, por incapacidad o indecisión para contrarrestar las vicisitudes que presenta la economía internacional.

Aceptemos sin ambages las deficiencias de gestión administrativa y financiera que caracterizaron algunos de nuestros países en el pasado, así como las enormes dificultades que enfrentamos para concertar acuerdos políticos y sociales que permitan llevar a cabo los ajustes necesarios. Sólo a partir de un diagnóstico crudo y franco podremos, primero, establecer soluciones a los problemas y, segundo, discutirlos con el resto del mundo, defenderlos con firmeza y dignidad y, sobre todo, con razón.

Un tercer punto de particular interés es la actualización del papel del Estado. En la superación de la crisis y en la configuración de un nuevo patrón de desarrollo el Estado tiene y tendrá una función esencial. Sin embargo, las reglas para su operación,

sus propósitos, campos de acción y metas tienen que redefinirse y precisarse. Los excesos en la participación directa del Estado en la economía existen y existieron, lo que junto con una mala conducción financiera contribuyó a la crisis. En todo caso, no debe exagerarse dicha contribución, ni soslayar otras causas de nuestros desequilibrios.

Emprendamos una campaña para aumentar la productividad del Estado, a partir de darle una dimensión adecuada. Al mismo tiempo, recuperemos la empresa pública como instrumento básico para impulsar el desarrollo social. A fin de lograrlo, el Estado habrá de ser cada vez más firme en la conducción de los asuntos económicos, pero también más selectivo y productivo al ofrecer bienes y servicios, tarea en la que ha tenido y tendrá un sitio destacado.

En nuestras economías participan empresas de nacionales, de extranjeros, del Estado y mixtas. Todas, sin excepción, habrán de ser competitivas a nivel mundial para subsistir. En ese marco, lograr que las empresas públicas sean igual o más productivas que las del sector privado es requisito económico y mandato político.

Otro aspecto que amerita atención especial es la amenaza a la seguridad global que resulta de la situación económica internacional. Ese concepto de seguridad va más allá de los términos convencionales, de la seguridad nacional, así como de aspectos militares y de defensa. En particular, incluye el riesgo de que la pobreza afecte la paz social a nivel mundial. De continuar el empobrecimiento de los países deudores, algunos gobiernos democráticos de nuestro continente podrían verse afectados.

Hemos de resolver el sentido y la magnitud aberrantes de los flujos internacionales de capital porque amenazan la estabilidad mundial. La globalización hace que sea cada vez más difícil que coexistan países en prosperidad con otros en pobreza extrema. Seamos claros: o compartimos desarrollo y paz, o distribuimos hambre y violencia.

Con esta concepción de la seguridad global, América Latina ha concurrido a los foros internacionales, a pugnar por una solución justa y duradera al problema de la deuda, causa directa y esencial del empobrecimiento reciente de América Latina. Debemos seguirlo haciendo.

Esos cuatro temas, que tocan a América Latina, marcan rumbo a las labores del organismo. El Sela debe jugar un papel fundamental en la tarea de precisar y difundir la verdadera naturaleza de la crisis que afecta a la región. También le corresponde llevar argumentos latinoamericanos, acerca de la responsabilidad extrarregional en materia de deuda, a otras latitudes y foros.

Como una contribución a cambiar actitudes, el organismo puede ser más activo y franco al establecer los puntos de acuerdo y desacuerdo en la re-

gión. No forcemos consensos. La diversidad de los aparatos productivos y de los tiempos económicos de las subregiones implica ciertas diferencias en los objetivos y metas a corto plazo. Identifiquémoslas y reconozcámoslas, señalando cómo no modifican en lo sustancial los propósitos comunes a mediano plazo.

El Sela debe enfrentar con éxito el reto de liderar la reformulación de los esquemas de política económica en América Latina. Para mejorar el entendimiento mutuo debemos crear un nuevo lenguaje común, que sirva no sólo para precisar posiciones entre los países de la región, sino también para dialogar con los de otras, interlocutores indispensables, a fin de encontrar soluciones. Si existe un problema de lenguaje, ajustémoslo. Si se trata del foro, vayamos a otros. Si se identifican deficiencias de argumentación, afinemos los razonamientos. No podemos permitir que aspectos formales sean convertidos en pretexto para retrasar las soluciones de fondo.

Los retos que la globalización, la situación financiera internacional y la crisis económica de la región presentan a América Latina son diversos y difíciles de resolver. Para lograrlo necesitamos echar mano de los mejores hombres y de las instituciones más sólidas. El Sela es una de éstas.

Ahora más que nunca, debemos hacer un esfuerzo extraordinario para fortalecer al organismo. En esta nueva época de labor, para poner nuestras casas en orden, para acercarnos como países hermanos, no digamos integrarnos, y para estar en condiciones de competir a nivel mundial, el Sela es cimiento básico. Hagamos de las tareas para revitalizar la institución el primer ejemplo de la nueva eficacia latinoamericana.

Hace pocas semanas, durante su visita a Venezuela, el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, intervino en una sesión especial del Sela. En esa ocasión expuso algunas reflexiones que ameritan atención y consideración al formular los programas de trabajo y acción del Sela.

En primer término, se refirió a la armonización de políticas. A fin de avanzar en la solución conjunta de los problemas comunes, debemos compartir un diagnóstico y una visión de lo que sucede en nuestras economías. Sólo a partir de eso será posible establecer políticas compatibles en cada país miembro. Esa tarea tiene propósitos que van más allá del corto plazo. Como la reciente experiencia europea señala, la coordinación es prerequisite para avanzar hacia la integración. Por tanto, ayudar a armonizar políticas es misión prioritaria del Sela.

El acercamiento real y la integración gradual de América Latina, de la que tanto hemos hablado, supone un mínimo de estabilidad y certidumbre acerca del curso de cada una de las economías latinoamericanas. Respetando las diferencias que co-

responda, debe buscarse uniformar los regímenes comerciales, así como las estrategias de tipo de cambio real y las políticas fiscales. También se requiere reducir diferencias entre los criterios en lo monetario y financiero. Si bien cada nación debe determinar el ritmo y la forma de dichas modificaciones, es urgente avanzar en esa dirección.

México está convencido de que se debe dar un nuevo impulso a la integración latinoamericana, pero a partir de proyectos concretos de complementación económica por ramas específicas.

De acuerdo con esta concepción, recientemente mi país acordó profundizar la cooperación económica, cultural, técnica y política con Venezuela y Colombia. Con tal propósito se elaboraron programas para su pronta ejecución.

Los cambios de la economía internacional hacen indispensable que nuestros países se preparen mejor para competir a nivel mundial. Sin duda la política macroeconómica, el tipo de cambio y la estrategia comercial cuentan mucho. Pero también el ánimo para hacer negocios, el ambiente de productividad, el afán de calidad y la capacidad empresarial para organizarse. Las exportaciones de la región no aumentarán sobre bases firmes y a ritmo suficiente y sostenido sin una política macroeconómica razonable. Tampoco si ésta no se complementa con medidas que incidan directamente sobre el aparato productivo.

Por último, el presidente de México señaló que se debe seguir trabajando para mejorar el diagnóstico y, sobre todo, para afinar los objetivos en materia de deuda externa. La deuda es sólo un aspecto de la compleja situación de la economía internacional. Reiteramos nuestra convicción de que el problema no debe fragmentarse. Establecer mecanismos concretos para hacer efectivo el descuento de la deuda externa y reducirla es sólo parte de la solución.

Además de los aspectos de deuda, existen problemas comerciales. Se ha insistido en señalar el vínculo entre esos dos. Pero si la economía internacional se analiza de manera integral, los asuntos de

deuda y comercio también se vinculan con otros, por ejemplo, los de migración. Con ayuda del Sela, América Latina debe plantear sus problemas financieros en estos términos, como corresponde a una visión global completa y no fragmentada.

Señoras y señores:

Hoy el Sela enfrenta un reto mayor: recoger las modificaciones del entorno internacional y convertirlas en oportunidades para los países miembros.

Una nueva actitud hacia el devenir, más abierta al diálogo intra y extrarregional, no puede hacerse esperar. Menos palabras y más acciones son signos de este tiempo.

Si bien debemos insistir en que la crisis de América Latina es sólo una manifestación de la difícil situación de la economía internacional, es menester prestar más atención a los problemas de gestión interna, que han repercutido en costos muy altos para nuestros pueblos.

El énfasis en ciertos temas debe modificarse. Aportar elementos para precisar y revalorar la participación directa del Estado en la economía es tarea impostergable, a fin de recuperar esa útil herramienta para orientar el desarrollo. Redefinir el concepto de seguridad, para incorporar el impacto de las dramáticas disparidades entre los ingresos de los países, es una exigencia política.

El Sela tiene un papel central que desempeñar: liderar la reformulación de los esquemas de política económica en América Latina; impulsar la armonización de políticas; renovar las ideas sobre la integración latinoamericana, a partir del realismo y el sentido común; establecer recomendaciones y estrategias, a fin de que la región compita mejor en el exterior; y apuntalar los argumentos sobre la deuda y defenderlos con inteligencia y firmeza.

Esas son las tareas impostergables del Sela.

Cartagena de Indias, Colombia,
1 de agosto de 1989.